

DE LA TRANSPARENCIA A LA OPACIDAD:
Algunas apreciaciones de los atravesamientos y emergentes identitarios
en la vida de los niños campesinos*

María Emilia de la Iglesia
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)
emisansi@yahoo.com.ar

Resumen

Este informe es parte de la tesis de grado: *“Los niños y la formación de la identidad campesina”* realizada durante 2006-2007, trabajo de campo realizado en Serrezuela, Córdoba.

En esta investigación la metodología como herramienta política de intervención en el campo fue central, llevando más de un año y medio de trabajo en terreno. Se analiza la formación de la identidad de los niños entre 6 y 12 años en los espacios donde incide el movimiento campesino, tomando el caso de Apenoc.

Cómo las prácticas cotidianas de los niños del noroeste cordobés producen sentido en relación con la tierra, el agua, el trabajo, el juego, la lucha, la educación, la familia y la organización. Reconociendo las tensiones y las contradicciones en esta formación y las diferentes nociones sobre la identidad campesina por parte de los diferentes actores.

Palabras clave: Comunicación – Educación – Identidad – Niñez – Campesinado – Cultura

La vida en la naturaleza como motor de aprendizaje

Los niños van descubriendo, aprendiendo a leer el mundo, frente a semejante inmensidad que aparece ante sus ojos, todos los sentidos están presentes, el olfato, el gusto, el tacto, el oído y la vista. Pueden reconocer los frutos por el olor, por su forma; la madurez de la algarroba por el aviso en forma de grito-canto de los cogollos; rastrear si han pasado recientemente las cabras por el camino a partir de las huellas frescas, si se está “desnublando” y puede parar una tormenta; diferenciar entre los tipos de ubres (“chuchos”) de las cabras, lo que les permitirá sacar leche con mayor o menor dificultad, y con sus “antenitas” divisan presencias a lo lejos, como vecinos que entran al campo. En una primera instancia la familia acompaña y guía ese despertar. La mayoría de los chicos de las comunidades del noroeste de Córdoba son de familias numerosas, de muchos hermanos, y gran parte de ellos comparten el techo con sus abuelos, o la casa de éstos no está muy lejana.

Cuando los pavos y los gallos anuncian a la familia que hay que despertar, la primera acción del día es prender fuego en el patio para el desayuno. Los niños se levantan junto con los grandes y toman el café (lo nombran así, pero puede ser tanto matecocido, como leche), algunos lo acompañan con torta (que es un pan redondo) y miel, dulce, o sola.

El patio es el lugar por excelencia de relaciones entre las familias y las visitas. Todo sucede en el patio, se cocina afuera, por más de que se tenga cocina a garrafa adentro (ésta se utiliza más en caso de que el viento no permita encender fuego o que llueva mucho), se come afuera, se toma mate en el patio, en las galerías de adobe, se lavan los platos, se alimentan a los animales domésticos. Los baños también están afuera de la casa, las piezas se utilizan sólo para dormir, y el comedor o cocina es para comer y mirar televisión a batería, en algunos casos, o escuchar radio.

Tomando la articulación campo/habitus que realiza Pierre Bourdieu, se puede inferir que el patio es un escenario o equipamiento cultural (o campo) que produce disposiciones subjetivas; ya que preestablece formas, recorridos y prácticas cotidianas.

El paisaje, las largas distancias que hay que recorrer de un punto a otro, estructuran el tiempo de una manera no lineal, sino más bien tendiente a lo circular, el tiempo no es una acumulación de sucesos que van hacia otros de mayor envergadura, sino más bien una repetición circular, que en algunos momentos cambia su fisonomía, sobre todo con la llegada de algunas pautas de la organización, como los viajes, reuniones y encuentros, que implican otros quehaceres y responsabilidades. Sin embargo, el día a día en la vida del niño es un continuo, donde la repetición de algunas tareas es lo que estructura: trabajo/juego-escuela-encuentros de la organización.

Las pautas familiares como estructurantes primarios en la vida social del niño

Por lo general hay una división del trabajo entre la familia y los hermanos que consiste en: darle de comer a las catas, conejos, patos, pavos, chanchos, pollitos, gallinas, perros; hacer mamar los cabritos; sacar las cabras del corral para que pasten, y después volverlas a entrar; hacer las cosas de la casa: lavar, planchar, cocinar, limpiar, ir a buscar agua, juntar huevos, ir a buscar leña. Estas acciones varían según la actividad predominante de las familias, en algunas comunidades es ir a la leña, al

hacha, hacer carbón, sembrar y cosechar algodón y porotos, hacer huerta, cuidar la chacra, hacer adobe y ladrillo (con todas las tareas internas que eso implica).

En estas actividades toda la familia participa, aunque hay predominantemente tareas destinadas a las mujeres, que tienen más que ver con el hogar y las cabras, y otras que son apropiadas por los hombres: el carbón, el hacha, los ladrillos, y en lo que es cultivo de la tierra las tareas son compartidas. Los niños son parte del esquema de trabajo general y sus tareas las cumplen casi inconcientemente, ellos dicen que no trabajan, que sólo van a la escuela, pero cuando surge la pregunta acerca de qué hacen en su día, o se los acompaña en sus quehaceres, se pueden recuperar todas esas actividades.

Lo emergente podría prejuzgarse como trabajo infantil, pero lo que subyace en las familias es una puesta en común del esfuerzo que se necesita para sobrevivir, para comer todos los días y los chicos no son ajenos a este esfuerzo. Por ejemplo, una de las chicas del campo, juntaba semillas de pasto "buffel grass", que se vende por kilo para comprarse, de ese modo, los útiles de la escuela.

El niño es quien obedece sin preguntar cuando sus padres lo mandan a hacer cosas, es algo que también tiene consenso en el campo, el mandar al niño a traer diferentes utensilios, a buscar lo que se ha caído o se ha olvidado. Si bien el chico puede negarse a realizar la actividad encomendada, por lo general hay mucha obediencia. En la observación del cotidiano de las familias del campo el respeto a los mayores continúa siendo un valor (a pesar de las apreciaciones subjetivas de algunos abuelos y padres acerca de los cambios de comportamientos de la niñez que ellos transitaron, comparada con la actual).

Los chicos y chicas están presentes en las charlas familiares de distinto tipo, aunque no tengan demasiado derecho a opinión, son un testigo atento, que cuenta con mucha información doméstica y también referida a la organización.

La comunidad como núcleo organizativo que abre el círculo de la propia familia

En lo que se refiere a la vida en comunidad hay algunas prácticas que se convierten en eventos y excusas para encuentros, como lo son los festejos clásicos de cumpleaños, bautismos, comuniones, casamientos, que cuentan con gran preparación y expectativas. Pero también lo son las carneadas, donde participan amigos y familiares en una actividad que dura tres días y donde comparten lo elaborado y se realizan abundantes comidas.

Otros motivos de encuentro son los campeonatos de truco de los grandes, las carreras, la taba, los bailes y los partidos de fútbol, la mayoría de las comunidades tienen una cancha de fútbol y la mayoría de los eventos se realizan en ese lugar.

Instituciones claves que interpelan a la familia campesina

La escuela y la iglesia continúan siendo instituciones que interpelan fuertemente en el campo. El maestro y el cura son actores claves en el desarrollo de las comunidades, sus palabras son autorizadas y respetadas. Al no haber médico fijo en los territorios, el enfermero también cumple un rol importante.

Dentro de los cultos religiosos, el evangélico está presente en algunas comunidades, pero en los casos observados la Iglesia Católica sigue siendo preponderante. El lugar atribuido a la iglesia se condensa en prácticas como las fiestas patronales, que han sido históricamente puntos de encuentro y diversión de los habitantes de la zona. Hay gente que conoce las fechas de cada patrono y en qué comunidad se realiza la adoración a cada santo. En esas celebraciones además de la misa correspondiente y la procesión, se come, se bebe, se escuchan cantores folklóricos de la zona y se baila, también hay peleas, amores, encuentros y desencuentros. Otro ejemplo de la incidencia de la iglesia en la cultura campesina son las creencias arraigadas acerca de lo que está bendito y maldito, o cuando los chicos no hondean a la tortolita cruz porque "los salva de las tormentas".

Por su parte, la escuela es la institución que instala otro punto de reunión y formación de los chicos. A veces son de campos alejados entre sí, entonces esta institución, además de ser el lugar donde aprenden, se convierte en el espacio donde comparten el juego todos los chicos de la comunidad, donde se encuentran. Es muy valorado y comentado todo aquello que se realiza en la escuela, tanto lo bueno como lo malo. Por lo general hay una maestra (1) de plurigrado y de jardín y los chicos van al comedor y a la escuela.

Los emergentes de las observaciones llevan a conjeturar que no se respeta el Universo Vocabular de los niños, no es una práctica cotidiana en las clases partir de sus nociones y sus vidas para abrir desde ahí a otros mundos y conocimientos. Aprenden con manuales que hablan y reproducen prácticas de la ciudad, y de una ciudad que transita la "clase media". A modo de ejemplo, una actividad de sustantivos que le dieron a los chicos de una comunidad para completar decía: "yo vivo en la calle..., número... del barrio... de la ciudad... la escuela está en las calles... mi papá va a trabajar en...". Este simple ejercicio no tiene en cuenta las diferentes apropiaciones espaciales que se generan en la ciudad y en el campo, a la vez está apuntado para un niño de cierta clase social, que vive en una calle numerada (no en un asentamiento), que tiene un padre que no está en situación de desocupación y que trabaja fuera del ámbito familiar, a diferencia de lo que sucede con un pequeño productor del campo, cuyo

“hábitat de producción” es, en la mayoría de los casos, compartido con el espacio de la “vida privada”, de la vida en familia.

La organización campesina como polo identitario y formador de sujetos

Los niños de las diferentes comunidades con los cuales se hizo el trabajo de campo son niños inmersos en un proceso organizativo, que implican a la familia en su totalidad, contando por lo general con miembros más o menos activos dentro de la ella.

Entonces, si la familia es un factor importante a la hora de acompañar el “leer el mundo” por parte de los chicos, la organización de la cual forman parte, en este caso Apenoc, también acompaña (y media, en el sentido de las mediaciones de Martín Barbero) en la estructuración del Universo Vocabular y del mundo de los niños.

Apenoc ha producido muchas transformaciones en la subjetividad de los campesinos, ha sabido interpelar hacia la organización de los campesinos como sector, en un proceso de desatar la palabra, de animar al hacer con otros, al encontrarse entre comunidades que sufrían las mismas problemáticas de atropellos a los derechos de posesión de tierras, de defensa del monte, de lucha por el agua y su más justa distribución, de salud, entre otras.

Estos niños, a diferencia de sus padres en su niñez, están formando sus identificaciones en la dinámica de las reuniones de sus padres, de los encuentros de mujeres de sus madres, de los encuentros con otros chicos y chicas. Poder nombrarse “apenoquitos, porque somos chiquititos” implica ser chiquititos en la organización, lo que conllevaría una continuidad implícita: “ahora somos chiquititos, por eso somos apenoquitos, después seremos jóvenes Apenoc y después Apenocotes”.

También en esto la organización ha interpelado a transformar algunas relaciones “que no son del todo justas”, al decir de una de las coordinadoras de niños, en lo que respecta a la relación de género que se da en el campo, la cual tiende al machismo, y donde está naturalizada la violencia hacia las mujeres.

Lo particular para la formación de los niños es que en los encuentros de mujeres, donde van sus madres, sus tías, sus vecinas, sus hermanas, se realizan paralelamente encuentros de niños, para que las mujeres puedan discutir tranquilas, sin estar atadas a su rol de madre, pero donde los niños transforman su mirada viendo a esas mujeres fuera del contexto “cotidiano” de la casa, y donde a la vez ellos pueden conocer e integrarse con otros chicos.

Retomando a Gilberto Giménez, se puede hablar de la construcción del “Nosotros” y del “Ellos” en los niños, donde éstos han conformado un grupo de pertenencia, y desde allí construyen discursos comunes.

En cuanto a la identificación con el nombre de “campesinos”, hay una historia en esa apropiación que fue tomando consistencia primero en los padres, porque ser “campesinos”, según los testimonios, era sinónimo de pobre e ignorante, y era un término despectivo, entonces la gente se asumía como “trabajador del campo”, o como “gente que vivía en el campo”, pero no como “campesinos”. El proceso organizativo hizo también que ese nombre de campesinos los interpelara desde la lucha por sus derechos, desde la organización campesina, y desde el encuentro con otros y otras de organizaciones como el Mocase (Movimiento campesino de Santiago del Estero), la UST (Unión de los Sin Tierra de Mendoza), Red Puna de Jujuy, entre otras organizaciones del país que comparten las mismas problemáticas. Hoy pronunciar la palabra campesino tiene un significado muy diferente en las comunidades organizadas. El acolchado ideológico, según Žizek es retroactivo, al asumir la lucha por sus derechos, y tomar la palabra “campesino” como significante maestro, anudan hacia atrás y configuran nuevamente su modo de ver y nombrar su accionar cotidiano, y por ende, influyen y modifican ese accionar.

Si la Iglesia y la escuela son dos instituciones fuertes, la organización campesina también genera una referencialidad propia, con ciertos códigos de comportamiento, ciertas “normas” que se han ido construyendo durante los años de vida de Apenoc. La asociación se convierte en un polo de identificación fuerte, que no está en crisis, sino que por el contrario, crece en su potencialidad, genera espacios de vínculo por fuera de los tradicionales: asambleas, reuniones, encuentros, viajes, pasantías de estudiantes de otros países y de la Argentina en las comunidades, encuentros de mujeres, de salud, de formación, escuelas de formación en Brasil, y dentro de todos ellos, encuentros de niños de todas las organizaciones, cuando se aprovechan los encuentros de formación del Movimiento Nacional Campesino e Indígena y con niños de otras comunidades dentro de la organización.

La identificación, en el proceso educativo, está hecha de adhesión y pertenencia. Los campesinos comparten un núcleo de símbolos y representaciones sociales comunes. La organización campesina también ha propuesto nuevos saberes, nuevas prácticas, que son valoradas. Sin embargo, en el caso de la escuela, sigue siendo muy importante, sobre todo para los padres, la educación primaria y secundaria impartida desde el Estado.

Las prácticas comunicativas: de lo comunitario a lo masivo, de lo local a lo global, de lo micro a lo macro
Las visitas, el boca a boca son prácticas muy arraigadas de comunicación en las comunidades, los acontecimientos e historias

vivos en la oralidad, éstos que se narran una y otra vez para no ser olvidados.

Lo subyacente y lo no explícito en muchos relatos, tanto de niños como de padres, está representado por los silencios. Los hechos trágicos y dolorosos forman parte también de la construcción de la identidad campesina, como la dureza de la vida sobre la base del trabajo de la tierra, del despojo del que han sido históricamente objeto. Otros silencios, sobre todo en los mayores, se leen en la dificultad de valorizar su modo de vida, y autonombrarse burros, ignorantes. En ellos también opera la identidad social construida en función de la clase social a la que pertenecen, del espacio que ocupan como sector y de la desvalorización social existente en la sociedad urbana con relación al campesinado rural y al trabajo de la tierra.

Con respecto a la comunicación de medios, está muy presente la radio comunitaria “San Cayetano” de Serrezuela. La radio convive con las familias, mientras las mujeres hacen sus trabajos en el patio, mientras están en la cosecha de algodón. Es una radio que funciona también para mandarse mensajes entre las comunidades, dar saludos y anunciar eventos. La organización la utiliza mucho para comunicar horarios de reuniones, encuentros y también tienen un programa semanal que se llama “La voz que no se escuchaba”.

Es muy impactante estar ahí, en ese lugar lejos de todo, en el medio del monte, con muchas desigualdades palpables y encontrar que las familias que tienen televisión a baterías, tanto niños como grandes, ven las publicidades con beneficios que nunca les llegan porque no acceden a ese mundo del consumo, aunque lo conozcan. Las novelas, los noticieros con noticias de choques en Capital Federal, los robos, estructuran su percepción del mundo y configuran sus prejuicios de la ciudad también.

Entre los jóvenes los teléfonos celulares son parte de las paradojas que conforman sus percepciones, al igual que comunidades como agua de Ramón, donde hay Direct Tv.

Los medios masivos, están presentes en esos intersticios, formando parte del entramado que configuran las identificaciones en estos niños a partir de sus consumos culturales; aunque sus familias no entren en todos los parámetros o cánones de mercantilización de la vida.

La complejidad y las búsquedas de “boyas” teóricas que anclen ciertas nociones para hacer hablar a las prácticas

Analizar los múltiples atravesamientos que existen en la formación de la identidad campesina en los niños es una tarea que siempre quedará incompleta, y allí reside su riqueza. Ya que la identidad es un proceso activo y complejo, históricamente situado y resultante de conflictos y luchas, que se retraen o expanden según las características. Uno puede intentar un fogonazo que trate de fijar como en una foto este preciso momento. Tiene que ver con las representaciones sociales que el grupo tiene en este momento del “nosotros” y del “ellos”; es decir, analizar cómo operan en los discursos el principio de diferenciación y el principio complementario de integración unitaria. Siempre teniendo en cuenta que el proceso colectivo transforma, pero que el sujeto tiene capacidad creativa de resistirse o adaptarse a la interpelación, en cualquier caso es lo relacional de la identidad lo que la caracteriza.

¿Podría afirmarse que la palabra “campesino” es un punto de acolchado, que genera identificaciones y que las mismas comenzaron en estos grupos sociales a partir de la entrada en la organización de Apenoc?

En los relatos aparecen puntos en común al hablar de la organización, palabras que se repiten como: “unidos es mejor”, “nos conocemos más”, “no tenemos más miedo”. El ser campesino, entonces, parece ser una construcción mediada por el modo de vida en la naturaleza, el contacto con los animales, el monte, y por la organización que “filtra” ciertas significaciones y las traslada al plano principal. Como es el caso de la construcción del discurso de derechos. Si antes de que existiera la organización “el cielo” era el culpable de la escasez de agua, hoy se entiende el agua como un derecho y se reclama al Estado su justa distribución y se organizan asambleas de agua. Otro ejemplo es la cultura popular rescatada como saber propio, saber campesino ancestral, donde los niños se forman sabiendo sobre plantas medicinales, viendo a las abuelas y madres curando ciertas enfermedades, no escondiéndolo y, a la vez, exigiendo el derecho a la salud comunitaria.

¿Se podría concluir en una definición cerrada de campesino? En este caso, se percibe cómo la palabra “campesino” es una construcción que, en el caso de esta organización, sedimenta discursos y prácticas que implican modos de ver y estar en el mundo. Los campesinos son supervivientes, como dice Berger, porque han resistido en esos lugares, mientras otros familiares y vecinos han muerto o han debido migrar a las grandes ciudades.

Pero si bien resisten a esos modos de captación del sistema neoliberal, que plantea el consumo como motor de las vidas y las identidades, no escapan del mundo del consumo. No están aislados como burbujas en medio del monte cordobés, sino que conviven con esas contradicciones, observando modos de vida en sus televisores a batería, que les proponen un modo de acceso y apropiación desigual de los bienes culturales, económicos y sociales de la Nación, y que en muchos casos se oponen tajantemente a su idiosincrasia. Por ese mismo motivo, cuando los niños dibujan a la ciudad sus trazos la reconocen como el

lugar del consumo, donde existen comercios, luces, autopistas, aviones, donde “siempre que vamos compramos”, en este sentido no hay miradas inocentes que mistifiquen el lugar del campesino como completamente fuera del consumo.

Su condición subalterna opera en el Habitus de algunos campesinos, en quienes sigue presente una especie de inferioridad muda entre “ellos”: los que saben y “nosotros”: los que ignoramos. Y es en el lenguaje donde se generan dominios de poder/saber, en el que el Estado, los medios de comunicación y los sectores hegemónicos construyen categorías estigmatizantes que se interiorizan fuertemente en la cultura popular y en la vida campesina.

Es la organización campesina la que disputa en este terreno del lenguaje y permite ir anudando otros significados, haciendo emblema del estigma. Pasando de aceptar la etiqueta que ponen los “otros”: la de ser un “simple e ignorante campesino”; a valorarse positivamente como grupo social, con saberes propios y válidos. Para esto, debieron construir símbolos comunes, que ataran los mismos significados. Es por eso en todos muy potente la afirmación de la vida en el campo y la negación de la vida en la ciudad. Sin embargo, entre las justificaciones también se presentan introyectados los estigmas que los medios de comunicación proyectan día a día de lo que implica vivir en la ciudad: asesinatos, robos, peligros, desconfianzas. Donde los marginados tanto de la ciudad como los “corridos” del campo, más allá de las “aparentes” diferencias, comparten su condición de clase oprimida, de miles de vidas devaluadas, desechadas del actual modelo de “progreso y desarrollo sustentable”, la misma que ocupa el lugar de la resistencia, muchas veces silenciada, enmudecida por el acelerado recalentamiento de la vida en los parámetros de consumismo extremo. Frente a eso, más allá de no explicitar, en muchos casos, esta situación comparativa con quienes viven a los márgenes de la ciudad, hay un reconocimiento de que muchos hijos, nietos, sobrinos son quienes hoy ocupan esos lugares de “orilla” en los cordones urbanos.

Más allá de las distinciones anteriormente realizadas, en el juego de legitimarse como grupo social, los campesinos defienden su lugar (el que desde sectores de poder se vislumbra como un nuevo negocio, y por lo que están desalojando familias) anudando frases como “acá se vive en libertad”, “es más tranquilo”, “se puede comer todos los días”, “sobrevivir con lo que se tiene”.

De esta construcción de un ser colectivo, llamado campesino, participa la familia como núcleo fuerte que está arraigado en el campo, que se organiza para defender y hacer valer su modo de vida, es por esto que los niños al ser parte de este núcleo, no pueden encapsularse en un esterilizado “ser niño”, por fuera de esta construcción del “ser campesino”. La inocencia y la docilidad quedan de lado y en este caso, las prácticas que se reproducen de generación en generación, como el “trabajo familiar” no se oponen a su desarrollo como seres humanos que son, sino que contribuyen a su formación como sujetos inmersos en un determinado contexto social, que está signado por las desigualdades. Del mismo modo sus juegos, los cuentos y sus aventuras tienen que ver con este modo de vida en el campo.

Si pensamos en los niños de las comunidades campesinas, vemos que están en un proceso de socialización, es decir de interiorización de la información que captan como objetiva de la realidad, y que viene “filtrada”, por decirlo de alguna manera, o estructurada por las representaciones sociales que han interiorizado sus padres, pero también en este proceso hay otros factores: estos niños concurren a la Escuela, cuyo objetivo es la socialización y la integración de los individuos al Estado-Nación y a la categoría de ciudadanos homogéneos, lo que implica la interiorización de valores de la modernidad, como el progreso, el ascenso social, nociones del trabajo, de la familia, en fin, de mundo. En la socialización secundaria que realizan en la escuela, la familia campesina se ve confrontada por otro discurso: el del deber ser, el de la ciudadanía, el de la lecto-escritura por sobre la transmisión oral, lo que repercute y modifica las relaciones dentro de la familia. La escuela, por ejemplo, revaloriza tales o cuales hechos, integra, legitima o excluye del imaginario otros. En esta lucha de sentido los niños pueden aprender en sus casas ritos, costumbres, que cuando van a la escuela son deslegitimadas como supersticiones, no-saber, lo cual genera baja autoestima en los propios actores.

Berger y Luckmann plantean que las nuevas generaciones traen siempre consigo un problema: el de legitimar el orden, traen preguntas, inquietudes, que ponen en jaque a los propios adultos, donde se produce la tensión entre permanencia, conservadorismo o cambio. Por eso algunos padres cuando se plantean en relación con sus hijos, demuestran un necesario etnocentrismo de su modo de vida, planteando que sus hijos deben ser su continuidad, pensando de alguna manera su cultura subalterna como algo estático, hereditario, y no como una dinámica constante de identificaciones, donde las generaciones nunca serán iguales entre sí.

Cuando hablamos de cultura, de identidad de los niños, de los campesinos, nunca podemos deslindar este concepto (aunque es más amplio) al tema de la ideología y de la hegemonía, a la imposición de universos simbólicos por parte de los sectores dominantes que se encuentran del lugar de la estrategia y de la sorda resistencia de los sectores subalternos, que pese a la homogenización del consumo, de la globalización del mercado, siguen sosteniendo ciertos polos identitarios propios, que resemantizan todo el tiempo lo dado por el sistema a sus propias necesidades, a partir de sus prácticas.

Nada de lo que aparenta “ser” se sostiene eternamente, salvo falsas totalizaciones que crean universos asépticos de influencias

externas o que se proyectan sobre terrenos dudosamente seguros, generando trágicos episodios en la vida contemporánea como holocaustos, dictaduras, que promueven sectarismos, mesianismos o etnocentrismos, nocivos para la vida en el respeto de las alteridades. Es por esto que este trabajo busca desentrañar los posibles modos en que se configuran las identificaciones o identidades de los niños de Apenoc señalando ciertas boyas en el medio del mar de contingentes identificaciones. El terreno de la identidad es opaco y desde ese lugar debe seguirse investigando, para evitar la generalización que trabaja en detrimento del conocimiento social.

Notas

*El presente trabajo pertenece al capítulo III de la tesis de Grado "Los niños y la formación de la identidad campesina". Trabajo de campo de un año y medio en Serrezuela, Córdoba en la organización campesina APENOC.

(1) En Aguas de Ramón hay director y maestra, ya que el número de alumnos es mayor.